

volencia de Dios se transforme en ira –una ira que se expresará en sequías y hambrunas como las que conocieron generaciones anteriores de británicos en Norteamérica.

El sermón de Treat es el único de los textos relacionados con el episodio de 1762 –tanto de los sermones que hemos podido encontrar hasta ahora celebrando la victoria, como de los artículos posteriores– que está explícitamente montado sobre una identificación semántica entre el éxito militar/naval o la gloria imperial y la voluntad y la intervención divinas. Esta intervención divina como manifestación de una relación especial entre Dios y su pueblo elegido también permite vincularlo al sermón anterior. El epígrafe o motivo del sermón de Treat es «Oh que los hombres alaben al Señor por su bondad», y su propuesta central es que, así como «nuestro Dios» se manifiesta en las leyes que regulan y gobiernan el mundo material, también se extiende su dominio al mundo moral: «Él dirige y determina toda causa moral, todo agente libre» (Treat, 5). Treat observa que sería erróneo asumir que Dios favorece siempre a los ingleses aunque caigan en el pecado: si los franceses declararon la guerra contra Inglaterra, fue por «las abominaciones (de los ingleses) que profanan (o mancillan) la tierra» (*ídem*). Se debe alabar a Dios no sólo porque es bueno sino también porque hace el bien (Treat, 7), y «Dios es bueno para con nosotros como nación» porque le ha dado al rey sabiduría y entendimiento (Treat, 8). La suma ideológica del sermón, en que se expresa confianza en los que conducen el destino de Gran Bretaña, es la siguiente:

Alabad al Señor por su bondad, porque ha bendecido a nuestro rey con un concejo sabio y fiel, y le ha dado ministros capaces y diligentes.

Nuestra caridad espera que los que rodean a su sagrada persona tengan temor a Dios, honren al Rey, odien la codicia, y promuevan los mejores intereses de la nación. (*Ídem*)<sup>5</sup>

Acto seguido, vemos que la bendición se vuelve «maravillas» realizadas en las Antillas: allí «ha conducido nuestras batallas, y ha hecho terrible y

<sup>5</sup> *Era bien conocido, tanto en Inglaterra y sus colonias como entre cubanos y españoles, el rumor que los tres hermanos Keppel, bajo el mando de uno de ellos, el Conde de Albemarle, decidieron atacar La Habana para enriquecerse, y es sabido que, aunque no haya sido un motivo por la acción, sí se llevó Albemarle un botín de más de 500.000 dólares y sus hermanos, el comodoro Keppel y el general de división Keppel, \$125.000 cada uno (Burton, 333). La administración inglesa también generó gran resentimiento por la extorsión de multas y fondos para el mantenimiento de las fuerzas de ocupación. Los jefes supieron motivar a sus soldados y marinos; las palabras del Comodoro Keppel para sus hombres al desembarcar fueron: «Que se le dé a cada hombre una taza de ponche para que brinde por la prosperidad de la Vieja Inglaterra, y entonces podremos proseguir nuestros asuntos con el espíritu propicio». (Citado por Burton, 327)*

glorioso el nombre del británico», en calidad de «rey de reyes, comandante invisible de ejércitos sempiternos». En esa campaña, la toma de Martinica «ha añadido brillo a la corona militar del valiente general Monckton». El brillo, la gloria y lo terrible del guerrero británico: todo ello una «maravilla» en que se concreta el favor divino. De allí pasa el autor a celebrar la reducción de La Habana, en una joya homilética con ecos bíblicos:

La Habana está subyugada, y subyugada a la libertad. Sus tristes hijos son ahora los alegres súbditos de Jorge el amigo del hombre.

¡Habana la rica, la fuerte, ha caído, ha caído! (Treat, 9)

Dios ha «vindicado milagrosamente nuestra causa justa, y abatido la soberbia de España.

¡Oh España, tu sol se ha eclipsado en una profunda oscuridad! Tu gloria te ha abandonado! ¡Tu blasonada fuerza ha decaído! ¡Cómo has caído, y tu soberbia, derrumbada en el polvo!» (*ibid.*)

El discurso enmarca a La Habana como una joya de resonancias bíblicas: «Qué ciudad, en todos los dominios ibéricos, es como esta ciudad en riquezas y en fuerza; Y ésta es propiedad Británica. ¡Cantadle al Señor, y exaltad la mano derecha de su poder!» (*ibid.*) Y, como si fuera poco, se nos invita a «alabar el nombre de nuestro Dios confederado» (es decir, de nuestro aliado, Dios).

Treat logra infundir una impresionante solidez retórica a su sermón, entrejiendo las alabanzas y el reconocimiento de la agencia divina con la manifestación de las maravillas de la voluntad divina hecha intervención militar. Lo divino se hace prácticamente inseparable de la gesta humana, gracias al hábil intercambio de lexemas entre los dos niveles del discurso: así, la gloria, la victoria, la majestad, la alabanza, la excelencia, la invencibilidad, la bondad, coexisten en el ámbito divino y en el humano. La liberación de Cuba del yugo español justifica su subyugación a la monarquía británica. Pero el sermón contiene también una amenaza velada contra aquellos que osen quejarse del sufrimiento de los expedicionarios: de la muerte en Cuba, por enfermedades o en combate, de cientos de militares y milicianos de las colonias inglesas, y del regreso de centenares incapacitados y debilitados por las fiebres contraídas en Cuba.

## **Imperio y raza**

### **El carácter y el imperio**

En los artículos posteriores, cambian tanto el tono como el léxico pero no ciertas premisas: la primera, que es posible aplicar el término «imperio»

al proyecto de los Estados Unidos (Hazewell 1863:463)<sup>6</sup>, recordando que dicho concepto se afianzaría y sería viable, a fines del siglo XIX, como sinónimo de misión civilizadora; la segunda, que el carácter anglosajón (el equivalente decimonónico de aquella virtud moral que hiciera de los británicos y sus colonos un pueblo escogido) era lo que prácticamente predeterminaba al norteamericano a proseguir un proyecto o misión para sustituir a los imperios decadentes con el ejemplo de su superioridad racial<sup>7</sup>. La voluntad de los invasores de La Habana de 1762 tiene resonancias para el norteamericano de principios del siglo veinte: «el tenaz ganará el mundo y sus riquezas» (Burton 1909:329).

Así como los agentes de Dios ayudan a ordenar el mundo moral (Treat 1762:4), los agentes del imperio llevan el progreso y la sanidad<sup>8</sup>. Haciendo eco de la crítica de la idolatría papista que constituía abiertamente una de las bases para la propaganda en las guerras del siglo XVIII<sup>9</sup>, en la expansión del noventa y ocho se perpetuaron los conceptos esencialistas de error, oscurantismo, represión, tiranía, etc. con que se caracterizaba a España, modificando el léxico y sustituyéndose el descuido, el despojo y la corrupción del sistema colonial español<sup>10</sup>. En la crítica del imperio enemigo (España) está la justificación del imperio propio, que, como la conquista inglesa de 1762, «subyugando, libera».

## España en la ecuación racial

La alteridad en el discurso imperial anglosajón tiene una importante dimensión racial. Ya hemos visto cómo se distingue entre el «carácter» nor-

<sup>6</sup> Hazewell dice: «Tanto la Guerra de los Siete Años como su conducta fueron necesarias para la creación de ese imperio Americano que, según el Conde Russell, estamos luchando por mantener —como lo estamos haciendo, sin duda alguna, aunque no en el sentido innoble que le quería dar el noble señor».

<sup>7</sup> Los artículos publicados en torno a la guerra del '98 dan por sentada la misión civilizadora de Estados Unidos en Cuba, v.g., «Cuba fue devuelta a España, que como tantos países latinos parece estar destinada a la degeneración moral y a la ruina de su imperio. Era la última oportunidad para España». (Burton 1909:321)

<sup>8</sup> Un contemporáneo, Greely, escribiendo en otra revista de circulación masiva, vincula claramente la limpieza y el saneamiento científico con la eliminación de la administración colonial española y lo que en ella está implícito: «Junto con el mal gobierno y la crueldad desaparecerán los espectros de la enfermedad y el abandono». (Greely 1898:142)

<sup>9</sup> Treat expresa ese desdén para identificar aún más estrechamente al pueblo de Albión con el primer pueblo monoteísta: «Que las demás naciones celebren la gloria y el triunfo en sus imágenes fundidas y talladas.— Que adoren y rindan sacrificio a sus ídolos mudos y a sus dioses pintados. Que veneren a Dagón y Astharoth. Que se regocijen ante Baal y diez mil otros Dioses...» (Treat 1745:3).

<sup>10</sup> Todos los artículos de 1898 y 1909 emplean este recurso, en mayor o menor grado.

teamericano y el español. Gardiner, el procurador-historiador, publica por primera vez un fragmento de un diario de campaña británico (13 de diciembre de 1762); el hecho que Gardiner lo cite sin comentario implica que no difiere de la opinión negativa del oficial inglés:

Los habitantes españoles no expresan ninguna curiosidad; son perezosos e indolentes; y si la isla no rindiera casi espontáneamente, estarían sin las necesidades de la vida. No hay nada que se parezca a un huerto, ni para el placer ni para el uso, en esta gran ciudad con sus 40.000 habitantes. Su pasatiempo más común es fumar cigarros y pasearse en una calesa tirada por una mula patética, con un negro inmenso en el lomo de la mula y otro detrás de la calesa, y así se desplazan a unas dos millas por hora; y cada vez que repican las campanas para el Ave María, todos se detienen y se van a rezar, negros, mulas y españoles.

(...) Para los nativos es domingo todos los días del año, se la pasan diciendo misa y cargando a la Virgen por las calles de la ciudad por la noche con dos o tres farolas debajo de las enaguas de la estatua.

La cita directa está ubicada, con todo su etnocentrismo, como puente al último párrafo, la conclusión del artículo de Gardiner. No se invita al lector a cuestionar el sesgo de la fuente original, sino más bien a aceptar la veracidad de la crónica. Tampoco hay indicación alguna de que Gardiner la haya incluido con intención irónica. Nos deja, más bien, con una visión negativa de cubanos y españoles (sin distinción en el original). Dado que el artículo sale durante la guerra del 98, es posible suponer que sirviera para justificar la ocupación norteamericana de Cuba como parte de su misión civilizadora, cuyo objeto, el *Otro* cubano, es el triste producto de un proyecto imperial retrógrada e incompetente.

La alteridad de España como ente político e imperio rival (de Inglaterra primero, y más tarde de Estados Unidos) se define a partir del siglo XIX por su inferioridad política y racial. Los orígenes de esta construcción ideológica están entre los rezagos de la «leyenda negra» y el odio sectario, que remontan, al igual que la rivalidad imperial, a la enemistad de familia entre Isabel I de Inglaterra y Felipe II de España. Véase por ejemplo el tono personal que emplea el comodoro Keppel, quien, momentos antes del desembarco y del ataque, se refirió a los españoles con un profundo desprecio como «the lubberly Dons» (los «dones» o señores zafios/marineros de agua dulce/desmañados) (Burton, 325). Pero, aún así, existía cierta ambivalencia y fascinación entre los anglosajones hacia el antiguo mestizaje de la península ibérica, por el interés que inspiraban las culturas árabes en plena